

EL GRAN DÍA

Compartir



El que es generoso, prospera;
el que da a otros,
a sí mismo se enriquece.

Proverbios 11:25

—Mañana será un gran día —exclamó Jairo antes de dormirse—, ocho años no se cumplen todos los días. Espero que papá y mamá hagan un desayuno especial en mi honor, y seguro me darán un regalo sorpresa mientras me llevan a la escuela. Yo fingiré estar sorprendido. Mañana será un gran día.

Así pensaba Jairo antes de cumplir ocho años. Esa noche soñó con los regalos y sorpresas que mamá y papá la harían por su día especial. Pero no sucedió como él pensaba.

—¡Jairoooo!, ¡Jairoooo! —vociferó su mamá repetidas veces llamándolo a desayunar—, vas a llegar tarde a la escuela si no bajas ahora.

Jairo bajó las escaleras de dos en dos, listo para recibir las felicitaciones por

este gran día, pero nadie le dijo nada. Su mamá le sirvió un desayuno normal y como llegó más tarde de lo habitual ya todos habían comido.

—Debiste bajar antes —reclamó Pablo, su hermano mayor—, quisimos esperararte, pero eres un dormilón. Ahora apresúrate, o me harás llegar tarde también.

Mientras iban a la escuela, su padre le dijo:

—Tengo algo para ti, Jairo.

Jairo abrió los ojos emocionado. —Papá no olvidó mi cumpleaños —pensó.

—Es la cuota para los uniformes deportivos —dijo el papá de Jairo—, la maestra ha pedido esa cuota desde hace semanas y he olvidado enviarla.

Jairo bajó los ojos al piso, se entristeció mucho porque no obtuvo ni una sola felicitación. Entró a la escuela cabizbajo y sin ganas de hablar.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Omar, su mejor amigo—, tienes los ojos brillantes. Si no te conociera diría que estás a punto de llorar.

—Más o menos Omar —respondió—, es que nadie en casa recordó que hoy es mi cumpleaños.

—¿Hoy es tu cumpleaños? ¡Felicidades!

—Sí —dijo Jairo haciendo una mueca con los labios—, gracias amigo.

—Eso pasa a veces —dijo Omar tratando de animar a su amigo—, papá nunca recuerda mi cumpleaños tampoco. Debo llamarle a su trabajo para decirle que es un día especial.

—¡¿Qué?!, no sabía que eso te sucedía. No deberías llamar a tú papá para recordarle tu cumpleaños.

—Al menos eso hace que salga corriendo a comprarme algo. Siempre me regala carritos de juguete. Le he dicho que me gustan los videojuegos, pero se le olvida.

Jairo se mantuvo pensativo toda la mañana, tanto que casi no atendió a las clases. Pensaba en Omar, su mejor amigo, que tenía que llamar a su papá para recordarle su cumpleaños. Eso era muy triste. Pero también pensaba en su familia y se llenaba de cólera porque todos olvidaron su gran día.

De regreso a casa Jairo venía tan callado y molesto que no articulaba palabra alguna. Se mantuvo fruncido y con los brazos cruzados durante todo el camino. Aunque su padre trató de animarlo, no lo logró. Jairo se había resentido.

Cuando llegaron a casa, Jairo se bajó del auto y esperó que su papá entre. Se preparó por unos segundos, llenó de aire sus pulmones y entró con toda la ira que pudo dando un puntapié a la puerta.

—¡Lo olvidaron!, ¡todos lo olvidaron!
—gritó Jairo mirando a su familia.

Cuando Jairo pegó ese grito, todos se sorprendieron. Ni su papá ni su mamá esperaban una reacción como esa. Hasta su hermano Pablo abrió los ojos asombrado: jamás había escuchado gritar así a su pequeño hermano menor.

Aturdido y con la respiración agitada, Jairo miró su casa decorada. Su nombre estaba escrito con letras grandes de cartulina en la pared y le esperaban varios regalos dispuestos en los sillones.

Habían preparado una gran celebración y querían que fuera una sorpresa. Por eso no le habían dicho nada desde la mañana. Decoraron la casa con figuras deportivas y compraron un delicioso pastel que olía a chocolate recién preparado. Hamburguesas y otros bocadillos llenaban la mesa.

—¡Sorpresa! —gritaron todos tímidamente, y hasta un poco asustados por la reacción de Jairo.

—¡Fe... feliz cum... ple... años! —dijo su papá titubeando.

Todos permanecieron en silencio hasta que una risotada se escuchó en medio de todo.

—¡Jajaja!, ¡jajajajajaja! —carcajeaba Pablo—, ¿pensaste que lo olvidamos?, ¡jajaja!

Poco a poco las miradas de todos se encontraban y cada uno empezaba a reír sin parar. Unos reían por las palabras de Pablo, otros por el arretrato de Jairo. Y el mismo Jairo empezó a reírse contagiado de las risotadas de todos.

—Toma, hijo ¡felicidades! —dijo su padre entregándole una caja envuelta en papel de regalo—, ¡jamás olvidaríamos tu cumpleaños!

—Toma, este es el mío —aseguró Pablo—, como hermano mayor tengo derecho a regalarte algo que antes me perteneció a mí. Es mi colección de tarjetas de los equipos de fútbol. Ahora empezaré una colección nueva y es justo que te entregue la anterior.

Más tarde, la madre de Jairo lo acompañó hasta su habitación para darle un beso antes de dormir.

—Mamá —preguntó Jairo—, ¿crees que puedo regalar algunos de mis videojuegos?

—¿A qué te refieres, hijo?

—Pues, es que tengo un amigo al que le gustan los videojuegos y hoy, al recibir el regalo de Pablo, he aprendido que a veces las cosas que tenemos pueden ayudar a otros a sentirse mejor.

—Hijo mío, las historietas son tuyas, puedes hacer con ellas lo que quieras. Pero me parece maravilloso lo que has decidido hacer.

—Gracias Ma. Estoy seguro de que mañana será un gran día para Omar.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Qué piensas de la decisión de Jairo?
- » ¿Conoces un niño que necesite amigos?
- » ¿Qué podrías ofrecerle a un amigo que se siente solo?